

nocer lo que se quiere que se crea. Siendo esto así, es imposible que Dios haya procedido de otro modo. San Pablo dice que los que no han oído el nombre de Jesucristo no pueden creer en él. ¿Podrían creer más si se les anunciase la venida del Salvador en un idioma que no entendieran? Y decir á los hombres cosas que no pueden concebir, ¿no es lo mismo que hablarles un idioma extranjero y desconocido? Pues ¿cómo habian de creer? Se dice que hay una escuela de filosofía que se contentaba con la palabra del maestro para creer. Pero al menos el maestro no exigía esa fe ciega; de lo contrario, hubiese merecido el nombre de charlatán más bien que el glorioso título de santo. ¿Dijo acaso Cristo á sus discípulos: Creed todo lo que yo os diga, aun cuando no comprendáis una palabra de lo que os diga? Pues á este absurdo, sin embargo, y á esta inconveniencia conduce el *cristianismo misterioso* (1).

Toland lleva después el debate á otro terreno, y pregunta cuál es el fin de la revelación. Se da á Jesucristo el nombre de Salvador, y todas las sectas cristianas convienen en decir que ha venido á salvar á los hombres. Por consiguiente, los misterios, si misterios hay, debían tener una relación esencial con nuestra salud, y así lo declaran todavía los ortodoxos de todas las confesiones. Supongamos que los misterios del cristianismo teológico contengan verdades: ¿de qué modo pueden éstas procurar la salvación de los hombres, cuando éstos no las pueden comprender? Esto es, por lo menos, tan inconcebible y tan imposible como el misterio mismo que debe producir el milagro. Jesucristo no cesa de decir á los que se acercaban á él: "Arrepentíos, enmendaos, despertad á una nueva vida si queréis tener sitio en el reino de los cielos." Y para ayudar á los hombres á corregirse y para regenerarlos, ¿les había de predicar misterios que no comprendieran y que no tienen relación alguna con su regeneración moral? ¿Tiene eso sentido común? Pues ese contrasentido es el que constituye toda la teología cristiana. Jesucristo no predicaba más que la moral; ni pronunció la palabra misterio ni habló de creencias misteriosas. Por el contrario, entre los teólogos todo es misterio, comenzando por la persona misma del Cristo. Y ¿qué ha ganado con

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 133 y sig.—BOLINGBROKE, *Philosophical Works*, t. II, p. 259.

ello la moral? ¿Serán acaso los hombres mejores porque pronuncien la palabra Trinidad á la cual no saben dar sentido alguno? ¿Serán más morales por creer que el pan se cambia en cuerpo de Jesucristo? ¿Qué relación hay entre dogmas incomprensibles y la regla de las costumbres? (1).

Los teólogos han introducido una multitud de misterios en el cristianismo; pero ¿quién les ha autorizado para ello? Cierto es que pretenden que sus dogmas se remontan hasta Jesucristo. Pero si el Cristo hubiese venido á predicar dogmas, ¿no lo hubiera hecho en términos claros y precisos? ¿Se concibe al Hijo de Dios encarnado para enseñar misterios como condición de salud, y no diciendo nada de esos misterios ó diciendo apenas una palabra, de forma que las opiniones más contradictorias puedan invocar en su apoyo la Sagrada Escritura? ¿Puede servir de testigo aquel que dice á la vez el pro y el contra, el sí y el no, lo blanco y lo negro? Para el que lee los Evangelios sin prevenciones teológicas no puede haber ni sombra de duda acerca de la enseñanza del Cristo: ella es moral, no es teológica. El Cristo quiere que su doctrina sea predicada desde los techos, y eso indudablemente para que todo el mundo la entienda y la practique. ¿Hubieran cumplido su misión sus discípulos si hubieran predicado en hebreo á poblaciones que sólo entendían el griego? Pues tampoco hubieran comprendido más si se les hubiese hablado de la Trinidad y de la transubstanciación. ¿De dónde nos han venido los misterios? La palabra, como la cosa, son gentilicas: son la mera invención de los sacerdotes. En el gentilismo no faltaban misterios; ¿era por eso más moral la sociedad? Pues en oposición á esas doctrinas ocultas y más ó menos incomprensibles, quiso Jesucristo que la *buena nueva* fuese anunciada desde los techos; hay, pues, que decir que el cristianismo, lejos de consistir en misterios, es antimisterioso. Son los sacerdotes por espíritu de dominación y los filósofos por amor á sus sutilezas los que han llenado el cristianismo de misterios. ¿Por ventura la cristianidad se encontró mejor con esa nueva religión que con la religión evangélica? Que se vea lo que son los misterios en la práctica: consisten los unos en vanas palabras que se enseñan á los niños al cate-

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 80. BOLINGBROKE, *The constitution of the christian church* (Collection, t. II, página 132).

quizarlos y que olvidan bien pronto; otros consisten en prácticas supersticiosas. ¿Por ventura la superstición ó un vano sonido de palabras merecen el nombre de cristianismo, ni siquiera de religión? (1).

Hé aquí la conclusión de los deístas: el verdadero cristianismo y la moral son idénticos. Uno de los últimos deístas, Chubb, es el que ha deducido esa consecuencia de los trabajos de sus predecesores. Jesucristo, dice, no ha venido á predicar dogmas ni misterios, ha venido á predicar una ley de vida para regenerar el mundo. Y para que los hombres renazcan á una nueva vida, lo que se necesita no son dogmas, sino una regla de costumbres apoyada en la santidad de aquel que la enseña. El bello nombre de Salvador que los cristianos dan á Jesucristo debería enseñarles cuál fué su misión; vino á salvar á los hombres, es decir, á procurarles la bienaventuranza y la vida futura. Y ¿cuáles son las vías de salvación? Chubb reduce la predicación evangélica á tres máximas: Hay que vivir según los preceptos de la razón: aquel que los viola debe hacer penitencia: Dios juzgará á los hombres. Hé aquí la *buena nueva*. Eso no es otra cosa más que la ley natural que, habiéndola olvidado ó alterado los judíos y los gentiles, Jesucristo vino á restablecerla.

Se pretende que, además de la moral, hay en el Evangelio dogmas de fe, á lo que Chubb responde, como Toland, que es imposible que el Cristo haya predicado misterios incomprensibles, porque se dirigía con preferencia á las gentes del pueblo perfectamente legas, y ¡había de haber hablado del Verbo, de la predestinación y de la Eucaristía á aquellos pobres de espíritu! Chubb no niega que se encuentre en el Evangelio y en los escritos de los apóstoles el germen por lo menos de más de un dogma teológico; pero sostiene que todo lo que es doctrina es ajeno á la enseñanza del Cristo y debe ser atribuido á sus discípulos: son ideas y nociones judaicas y griegas, y lejos de ensalzarlas como verdades divinas, es preciso ver en ellas la causa de la corrupción del cristianismo, porque desviaban del fin que Jesucristo buscaba. No hay más que un medio de *salvar* á los hombres, y es el de *regenerarles para reformarles*; y se regenera sólo

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, páginas 98, 158 y siguientes.

moralizando, no anunciando misterios. Aunque esos misterios fuesen verdades, ¿qué importaría? Siempre serian verdades incomprensibles y sin relación alguna con el renacimiento interior, con la vida nueva que el Salvador quería infundir en el alma de sus discípulos. ¿Qué es lo que ha resultado de los misterios? Que el cristianismo no consiste ya en hacer, sino en creer. Para ser cristiano basta creer en el Evangelio, lo cual significa dar asentimiento á ciertas proposiciones acerca de la naturaleza de Cristo y acerca de su misión. Eso es á lo que llaman fe los protestantes, y Lutero quiere que sea la fe la que salva. El vulgo de los fieles se ha arreglado con esto un cristianismo muy cómodo: creen que Cristo es el Hijo de Dios, creen que es la segunda persona de la Trinidad, creen que ha muerto por redimirnos del pecado, creen que es nuestro mediador, y creyendo esto, duermen á pierna suelta, porque teniendo fe están seguros de su salvación, aun cuando no comprendan una palabra del objeto de su fe. Dicen que la muerte de Jesucristo ha *pagado* por ellos; pero se verían en gran apuro si se les preguntase la relación que hay entre aquel *pago* y su *moralidad*. Bien podía haber muerto Jesucristo cien veces sin que eso nos hiciera mejores: la moralidad es un hecho esencialmente *personal*, y donde debe verificarse la transformación es en el alma del pecador (1).

Hay, pues, que dejar á un lado en la Escritura todo lo que es dogma ó misterio. Nos restan las máximas morales formuladas por Chubb: es lo mismo que el primero de los deístas había ya llamado religión natural; y se la llama natural porque hace parte de nuestra naturaleza, habiéndola grabado Dios en nuestra conciencia. Y hay una senda natural que nos lleva á conocerla, cual es la de la razón. Es, por tanto, el cristianismo, como decía Locke, una *religion razonable*, y bajo este concepto, la idea de la revelación debe modificarse, dejando á un lado toda revelación sobrenatural y milagrosa. ¿Para qué una vía extraordinaria y que viola todas las leyes de la naturaleza, cuando basta la vía ordinaria? En ese sentido era en el que Tindal sostenía *que el cristianismo es tan antiguo como el mundo*, ó, como dice en otro lugar, *que el Evangelio es una nueva promulgación de la ley natural*.

(1) CHUBB, *The true gospel of Jesus Christ asserted*.—LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 316 y siguientes.

II

¿Qué juicio debemos formar del cristianismo de los deístas? ¿Es una ilusión ó es una táctica? Es indudable que los reformadores del siglo XVI obraban de buena fe cuando pretendían volver al cristianismo primitivo, y en realidad mantuvieron los principios esenciales del cristianismo histórico, exagerándolo si se quiere. Y si la sinceridad de los reformadores es incontestable, ¿por qué los ortodoxos acusan á los deístas de destruir el cristianismo, á pretexto de depararlo reduciéndolo á la ley natural? Es que los reformadores no hicieron más que dar el primer paso fuera del cristianismo tradicional, mientras que los deístas dieron el último. El cristianismo protestante seguía siendo una religión sobrenatural y revelada; en el cristianismo de los deístas todo es natural. Hé ahí seguramente una transformación completa. Pero ¿se puede deducir de ello que los deístas se llamasen cristianos para arruinar más fácilmente el cristianismo so color de defenderle? Es imposible al historiador sondear hasta ese punto el corazón del hombre; nosotros no sabemos si los deístas eran enemigos del Cristo cuando celebraban su santidad y se proclamaban sus discípulos; pero no tenemos derecho para calificarlos de hipocresía y de engaño. Desde el siglo XVII, el cristianismo se ha venido transformando sin cesar en el seno de las sectas protestantes: en el día, los hay que podrían dar la mano á los filósofos, y, sin embargo, se llaman cristianos. Esto nos debe servir para no creer fácilmente las acusaciones de los ortodoxos, para los cuales no hay cristianismo ni religión fuera de los estrechos límites de su ortodoxia, por cuya razón son tan fáciles para acusar á aquellos que abandonan la Iglesia, aun cuando se llamen cristianos. Hay, pues, que decir que estos cristianos no ortodoxos, sin embargo de serlo muy sinceramente, son cristianos de otra índole que los ortodoxos, la cual quiere decir que el deísmo no es ya el cristianismo tradicional. Asistamos á esa transformación, la cual nos hará comprender la revolución más radical que se ha verificado en Francia durante el siglo XVIII.

Cuando Tindal dice que el cristianismo se confunde con la ley natural, es evidente que no habla del cristianismo histórico; porque al demostrar que la doctrina en él revelada es del todo conforme á la razón, no se le puede suponer el propósito de

confirmar la revelación; al contrario, su doctrina destruye la revelación milagrosa. Tindal parte del principio de que Dios, siendo un ser soberanamente perfecto, ha debido dar originariamente á los hombres una ley perfecta como él, y que esa ley, destinada á servirles de regla en el conocimiento y en la práctica de sus deberes, debía estar al alcance de todas las criaturas racionales, para que las más sencillas pudieran encaminarse al fin que Dios se propuso al dársela. Esa ley ó esa religión es universal, puesto que la poseen todos los hombres; no ha variado jamás, puesto que emana de un ser inmutable; desde el principio fué lo que ha sido siempre, y la revelación exterior de Jesucristo en nada la ha cambiado.

Hé aquí seguramente una nueva idea de la revelación. Los ortodoxos se avienen á admitir que el cristianismo está en armonía con la razón, pero pretenden que nos da á conocer verdades que la razón ignora. Si se entiende la revelación en el sentido de Tindal, no se descubre bien la necesidad de la venida de Jesucristo; cuando menos no hay razón alguna para que sea el Hijo de Dios; un legislador humano, un simple profeta, podía muy bien hacer una nueva promulgación de esa ley eterna que los judíos y los gentiles habían olvidado ó alterado. En efecto, ¿qué es lo que queda del cristianismo histórico en el cristianismo de Tindal? Verdad es que los filósofos gentiles habían descubierto con las luces solas de la razón humana: "Yo creo sin esfuerzo, dice aquél, en la existencia de un Dios, en los cuidados de una Providencia, en la espiritualidad del alma, en un juicio y una vida futuros, porque todas esas verdades están fundadas en la naturaleza de las cosas y porque la razón las da su asentimiento; pero yo no entiendo ni puedo creer en la Trinidad, en la divinidad del Hijo coeterno con el Padre, en la Encarnación, en la Redención y en tantos otros misterios. Y como no los entiendo, se me perdonará que no crea en ellos; porque ¿dónde está el crimen de no creer aquello que parece imposible? ¿qué opinión habría que formarse de Dios para persuadirse que sólo renunciando al sentido común ú obstinándose en creer por terquedad aquello que no podría comprenderse es como está uno seguro de procurarse su favor?" (1).

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 45.—Véase la crítica del libro de Tindal, por LEBLAND, *A view of the princi-*

Un solo cargo puede hacerse á los deístas, y ese cargo es aplicable á todos los que abandonan el cristianismo tradicional y siguen llamándose cristianos: es el de que su cristianismo es más ó menos ficticio. El de los reformadores del siglo XVI en rigor se comprende, porque si bien rechazaban las supersticiones católicas, mantenían los dogmas cristianos tales como los habían formulado los primeros concilios, y ese era un punto fijo ó una base sobre la cual se podía levantar una religión que se llamase cristiana. Pero las sectas no tardaron en traspasar esos límites; cada una se formó un cristianismo primitivo á su manera, echando á un lado los artículos de fe que no la convenían. Por fin vinieron los deístas, que declararon que se atenían al cristianismo de Jesucristo. Nada mejor que eso; pero ¿dónde encontraremos ese cristianismo? En los Evangelios mismos y en las Epístolas de los apóstoles hay ya gérmenes de la fe teológica; se encuentran los primeros elementos de los misterios, y aun supersticiones muy groseras. ¿Cómo distinguir lo que pertenece al Cristo de lo que no le pertenece? Esta es una obra puramente conjetural, y en definitiva se tendrá un cristianismo ficticio, reconociendo cada cual como doctrina del Cristo aquello que le convenga y atribuyendo todo lo demás á sus discípulos.

Hay otra crítica todavía más seria que hacer de aquella distinción bajo el punto de vista del libre pensar. Supone aquella distinción que la doctrina de Jesucristo es la verdad absoluta, y supone que ninguno de los errores, que ninguna de las creencias supersticiosas que abundan en los Evangelios se le puede atribuir. ¿No es eso hacer de Jesucristo un ser más que humano? Porque la criatura, por el hecho de serlo, está sujeta al error. Hé aquí que los deístas sin sospecharlo mantienen un elemento supersticioso al rechazar la superstición: es una inconsecuencia. Desde el punto que se rechaza la idea de una revelación milagrosa, Cristo ya no es más que un hombre; y por alto que se le coloque, ya no es infalible ni impecable. Y entonces ¿no es una vana tentativa la de buscar el pensamiento de ese hombre para hacer de él la ley eterna del género humano? En realidad, los deístas, lo mismo que los protestantes avanzados de nuestros días,

pap deistical writers (traducción alemana, tomo 1, pág. 197 y siguientes).

atribuyen á Cristo los progresos que la humanidad ha realizado desde su venida, y ponen bajo la autoridad de su nombre las creencias que se han formado lentamente en la conciencia humana. Procedamos más francamente. Reconozcamos que hay en el cristianismo más primitivo un elemento sobrenatural, y, por lo tanto, supersticioso, y demos gracias á los deístas por haberle combatido en algunos puntos, con lo cual han contribuido poderosamente á perfeccionar la idea religiosa.

III

Tindal destruye la idea misma de revelación tal como la entienden los ortodoxos. Otros deístas atacaron los fundamentos en que los teólogos apoyaban la revelación, como son las profecías y los milagros. En otra parte volveremos á ocuparnos de ese aspecto de la lucha contra el cristianismo tradicional durante el siglo XVIII; por ahora nos limitaremos á demostrar qué parte tomaron los deístas en aquella lucha. Entre todas las obras de los libres pensadores, ninguna adquirió más popularidad que la de Woolston sobre los milagros de Jesucristo; de la cual en dos años, de 1727 á 1729, se hicieron tres ediciones, cada una de 20.000 ejemplares, éxito prodigioso que no se debe atribuir al talento del escritor; el libro carece de método y de arte, el estilo es oscuro y vulgar; si ese hombre, tan inculto como su estilo, conmovió tan profundamente los ánimos, es porque era órgano de una opinión, ó, si se quiere, de sentimientos instintivos muy generalizados; era el buen sentido en toda su rudeza el que se sublevaba contra la teología. En este sentido es Woolston un acontecimiento en la historia de la religión. Y ese enemigo declarado de los milagros es cristiano sin embargo, y se le puede creer cuando él lo afirma, porque no hay en él sombra de hipocresía. No comprende que se funde el cristianismo en los milagros. Y dice que cuando se les examina de cerca, más sirven para alejarnos de Jesucristo que para acercarnos á él. "En efecto, los unos son cuentos ridículos, otros rasgos de locura, otros actos injustos, otros bufonadas y rasgos de charlatán, algunos encantamientos mágicos" (1). ¿Cómo explicar los relatos milagrosos que abundan en

(1) WOOLSTON, *Discurso sobre los milagros de Jesucristo* (edición francesa, t. II, p. 30).

los Evangelistas? No hay que tomarles al pie de la letra, como si fueran hechos que se hubiesen realizado; son alegorías que se deben interpretar en un sentido espiritual. Ahora se comprenderá el poco respeto que Woolston tiene á los milagros. Pero él no quiere atacar á la religión ni á Jesucristo; es sólo á la falsa interpretación que los teólogos dan al Evangelio.

Jesucristo envía los diablos que atormentaban á un demoníaco á dos mil puercos, los cuales se arrojan al agua. ¿Se ha imaginado nunca un cuento más descabellado? ¿Cómo creer que los poseídos habitasen entre las tumbas? ¿Cómo creer que los Judíos tuviesen rebaños de puercos, cuando la ley les prohibía comer su carne? Pero, aun suponiendo que los tuviesen, ¿se concibe que Jesucristo los destruyera? ¿Con qué derecho? ¿No sería un verdadero atentado el que habría cometido? Suponed que el Corán hubiese referido un rasgo semejante de Mahoma: los escritores cristianos no hubieran dejado de tratarle de diabólico hechicero. Y ¿se quiere que ese mismo rasgo truhanesco atestigüe la misión divina del Hijo de Dios! Si el Hijo de Dios se mezclase en realizar tal milagro en Inglaterra, el jurado le condenaría indefectiblemente como ladrón. ¿Es acaso el robo la señal de una misión divina? (1).

El agua convertida en vino: hé aquí otro milagro que, tomado á la letra, da una extraña idea de Jesucristo. En todos tiempos y lugares, al celebrar las bodas, se han permitido los asistentes, diversiones, excesos y licencias que no convienen gran cosa á un santo personaje. Decir, pues, que Jesucristo, su madre y sus discípulos asistieron á una boda, ¿no equivale á decir que eran borrachos ó, al menos, gentes amigas de comer y beber? San Juan dice expresamente que los convidados estaban ya casi ébrios; y ¡Dios, recién bajado á la tierra, hace su primer milagro para darles más de beber! No es cierto que Jesús y su madre estuviesen ébrios, como el resto de la reunión; pero, sin embargo, parece por la familiaridad de la dama con un soldado que no la disgustaba el vino, y aun parece que su hijo tenía ya una pinta, puesto que respondió con tal acrimonia é insolencia á su madre: Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Je-

(1) WOOLSTON, *Discurso sobre los milagros de Jesucristo* (edición francesa, t. I, p. 46 y siguientes).

sús acabó por acceder á su petición; llenó diez y ocho tinajas de agua é hizo ponche (1). ¡Gracioso asunto de edificación!

La resurrección de tres muertos es ya asunto digno del Hijo de Dios. Seguramente tres muertos á quienes se les devuelve la vida hubieran sido buen testimonio de la divinidad de Jesús, que en un momento habría convertido al mundo entero. Y, sin embargo, los Judíos no creyeron. ¿No debe esto hacernos algo suspicaces? Woolston examina especialmente la resurrección de Lázaro: "¿Quién la refiere? Solamente San Juan; los otros evangelistas la ignoran. ¿Y se concibe que la ignorasen éstos que fueron los que escribieron primero, mientras que el Evangelio de San Juan se escribió á fines del primer siglo, según la tradición cristiana? ¿Y había de ser ignorado el más importante y el más convincente de los milagros ejecutados por Cristo precisamente de los evangelistas, que refieren los ridículos ó indecentes milagros de las bodas y de los puercos?", Woolston entra en los detalles del relato de San Juan, y su conclusión es que los hechos son tan absurdos y tan imposibles, que si se quiere ver en ellos una historia real hay que decir que la ha imaginado la impostura más insigne para engañar al género humano. No, dice, Jesucristo no ha resucitado nunca un muerto. Si hubiese querido hacer semejante milagro, lo hubiera hecho de modo que convirtiese á los más incrédulos: "Hubiera elegido personas de cuya muerte no hubiera podido tenerse la menor duda, cuyos cadáveres hubiesen estado ya mucho tiempo sepultados y en estado manifiesto de putrefacción, y habría ejercitado su poder divino en personas que le hubiesen sido designadas por los magistrados, asistiendo éstos con todo el pueblo á la obra milagrosa." Todo el mundo hubiera caído á sus pies si hubiese resucitado á Lázaro con esa publicidad. Y como no lo ha hecho así, nuestro deísta concluye que las resurrecciones referidas por los evangelistas son un emblema de las obras misteriosas que Jesucristo debe realizar un día (2).

Hay una resurrección que desempeña un papel más grande que el de Lázaro, y los ortodoxos están unánimes en declarar que, si el Cristo no ha

(1) WOOLSTON, *Discurso sobre los milagros de Jesucristo* (edición francesa, t. I, p. 31 y siguientes).

(2) WOOLSTON, *Discurso sobre los milagros de Jesucristo* (edición francesa, t. II, p. 88 y siguientes).

resucitado, no hay cristianismo. Pues bien, Woolston no vacila en decir que ese relato de los evangelistas "es la impostura más burda de las que han alucinado al género humano." Contra ese acontecimiento imposible hay una objeción que hicieron ya los primeros adversarios del cristianismo: ¿por qué, dice Juliano, no ha resucitado Jesucristo en presencia de los pontífices y de los magistrados? ¿Por qué no ha subido al cielo cuando estaba clavado en la cruz? Á estas objeciones, repetidas por Woolston, los ortodoxos dan la respuesta más lastimosa, cual es la de que los incrédulos no hubieran creído, á pesar de la evidencia de los hechos. Pero, al menos, era indispensable esa evidencia para convencerlos de mala fe. En lugar de esa evidencia tenemos una resurrección tan dudosa como la de Lázaro; y ¿qué digo? nada más que la presencia de los ángeles que figuran en el relato de los evangelistas se necesita para probar que toda la historia es una ilusión de la fe crédula ó interesada. Se pretende que las apariciones del Cristo después de su resurrección son una prueba irrecusable. Woolston sostiene que esos son cuentos, y cuentos mal forjados. Había un medio bien sencillo, vuelve á decir, de confundir á los Judíos y á todos los incrédulos del mundo, cual era el de presentarse á los magistrados y á los pontífices, el de volver á su predicación hasta que se le antojase subir al cielo. Por último, el deísta inglés insiste acerca de las contradicciones que abundan en los Evangelios. Los ortodoxos las han negado, lo cual demuestra que tenían interés en negarlas; pero el hecho es incontestable y ha sido probado hasta la evidencia por la crítica moderna; de forma que la apología se ha vuelto contra los apologistas (1).

IV

Los protestantes han concluido por echar á un lado los milagros y las profecías; pero se han aferrado mucho tiempo á la Sagrada Escritura como su única tabla de salvación. En ese terreno, los deístas preludian la crítica moderna y son los precursores de los filósofos franceses. Unos y otros gozan de una mala reputación en materia de cien-

(1) WOOLSTON, *Discurso sobre los milagros de Jesucristo* (edición francesa, t. II, p. 169 y siguientes).

cia, y se han escrito gruesos volúmenes para denunciar sus errores. Pero eso no obsta para que tengan razón; se han equivocado acerca de los detalles, pero acerca del fondo están de acuerdo con la escuela más avanzada del protestantismo. La Escritura es revelada, es el Espíritu Santo el que la ha dictado, decían los protestantes en los siglos XVI y XVII. Pero la Sagrada Escritura ¿qué es? No es un solo libro, son diversas obras de diferentes autores; y ¿son todos revelados? La cuestión es capital. Si nosotros no sabemos de una manera cierta cuál es lo revelado, ¿qué autoridad podemos dar á la pretendida palabra de Dios? Podría creerse que la Iglesia romana tenía el mérito de que se jacta de dar una completa certidumbre con tal que se preste fe á su infalibilidad. ¡Error! Ya antes de los deístas habían hecho los anglicanos la observación de que el canon de los sagrados libros no siempre había sido el mismo, y la Epístola á los Hebreos, canónica hoy día, no lo era en tiempo de San Jerónimo. Hé aquí un hecho cierto. De consiguiente, la Iglesia una é inmutable ha variado, y esto supuesto, es ya imposible saber con certidumbre qué libros son los revelados, bastando esa duda para echar por tierra todo el edificio de la revelación.

Shaftesbury ha tenido el maligno placer de oponer el testimonio de Tillotson á los ortodoxos de su época (1). Collins, libre pensador más resuelto, examina la cuestión del canon por cuenta propia, y demuestra que, en el siglo apóstolico, los sagrados libros de los Judíos eran las únicas escrituras canónicas de los cristianos, y que los primeros Padres de la Iglesia no citan otras á título de Sagrada Escritura. Si Jesucristo hubiese querido reemplazar la Escritura de los Judíos con una nueva Escritura, el Antiguo Testamento con otro nuevo, no se hubiera tomado él mismo ese cuidado ó se lo hubiera encomendado á sus apóstoles. Pues ni en vida de Jesucristo ni en la de los apóstoles se trató de libros canónicos. Y nada más natural cuando se abandona el terreno imaginario de la revelación para colocarse en el de la realidad. Jesucristo era judío y protestó que no venía á destruir la ley ni los profetas; por lo tanto, no podía tratarse de una nueva Escritura. ¿Cómo se ha formado el Nuevo Testamento? Con escritos de circunstan-

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. III, p. 274.

cias que sus autores hacían para llenar la necesidad evangélica, pero á los que estaban muy lejos de atribuir una inspiración divina. Y Collins concluye de todo ello que en el primer siglo, por lo menos, no hubo libros canónicos ó que se considerasen como divinamente inspirados, lo que equivale á decir que el Nuevo Testamento no es una Escritura Sagrada en el sentido ortodoxo de la palabra (1). La ciencia moderna está de acuerdo con el deísta inglés.

Escritos que no habían sido revelados en el momento de redactarse, ¿de qué manera llegaron á ser más tarde canónicos? La respuesta á esta pregunta sería una historia curiosa que por sí sola bastaría para destruir la revelación cristiana. Pero nos debemos limitar á los ataques de los deístas. Los fieles se imaginan que desde la cuna del cristianismo hubo ya un Nuevo Testamento dictado por el Espíritu Santo; pero su error es grande. Había un gran número de Evangelios y mucho género de escritos que gozaban de la misma consideración. Toland se entretuvo en hacer un catálogo, y llegó á la cifra de ochenta libros, todos sagrados, si se quiere dar este nombre á los que nos han quedado (2). Los unos se atribuían á los apóstoles, los otros á sus discípulos, y los había que se hacían proceder del mismo Jesucristo. Dentro de aquel número se encontraban documentos falsos y leyendas dignas de la abuela del cuento; esto no obsta para que los Padres del segundo y tercer siglo los citen con profundo respeto, sin embargo de ser libros evidentemente hechos por los cristianos para ocurrir á las necesidades de su situación, así como los famosos libros sibílicos. Abundaban los Apocalipsis como el que nos ha quedado y que hoy se reverencia como un libro canónico en la Iglesia romana, lo cual no ha sido siempre así, dice Bolingbroke, porque el concilio de Laodicea le rechazó del canon y el concilio de Cartago le repuso: ¿á cuál de los dos hay que creer? (3).

Cuando se ven falsos escritos reverenciados como palabra de Dios, y simplezas ó pretendidos Apocalipsis pasando como inspirados por el Espi-

(1) COLLINS, *A discourse of the ground and reasons of the christian religion* (London, 1724), p. 73 y siguientes.

(2) TOLAND, *A catalogue of books, mentioned by the fathers and other ancient conciles as truly or falsely ascribed to Jesus Christ, his apostles and other eminent persons* (Collection of several pieces of Toland, t. I, p. 350.)

(3) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. III, p. 38, 39.

tu Santo, ¿qué confianza se puede tener en la Escritura? Se dice que quedan los libros santos admitidos por todas las sectas, y que bastan para establecer las verdades de la religión cristiana. Examinémosles con nuestros deístas. La Escritura es revelada: ¿es esto decir que todo lo que está escrito en los sagrados libros es obra del Espíritu Santo? Á esta cuestión, también capital, ¿qué responden los ortodoxos? Pues hay tantas opiniones como doctores. "Los unos, dice Collins, sostienen que no hay un solo pensamiento, ni una palabra, ni una tilde que no sean inspiradas; otros, que los pensamientos son inspirados, pero no las palabras; y otros muchos se contentan con creer inspirados los pensamientos que tienen relación con los artículos fundamentales de la fe. ¿Cómo salir de ese laberinto? Los menos creyentes han concluido por decir que los libros sagrados han sido escritos por hombres de bien, con muy gran cuidado y mucha exactitud, pero sin inspiración, ni en cuanto á los pensamientos ni en cuanto á las palabras," (1). Hémos aquí bien poco adelantados.

Creemos, para dar gusto á los ortodoxos, que todo es revelado en los sagrados libros; abrámosles y aprovechemos su lectura para nuestra salvación. Puesto que el Espíritu Santo se ha tomado el trabajo de dictar, lícito será creer que su dictado tiene tal claridad y evidencia cual no puede encontrarse en los escritos de los hombres. ¡Ay, qué desilusión! "Acabo de leer, dice Tindal, la *Ética* de Aristóteles después he leído el *Tratado de los deberes de Cicerón*: dos paganos que no sabían lo que era el Espíritu Santo y que vivían sumidos en las tinieblas de la filosofía; pero eso no les impidió escribir con una claridad admirable; yo comprendo todo lo que leo en ellos. Cojo en seguida los Evangelios; su autor es el mismo Dios; tengo ante la vista la verdad absoluta; pero ¿de qué me sirve? Está revelada en términos tan oscuros, que á cada línea me expongo á comprender mal, y el error puede llevarme á los más funestos extravíos. Otros más doctos que yo han hecho la misma experiencia. ¿No fué una palabra del Cristo la que impulsó á Orígenes á mutilarse? Y ¿hay quien se atreva á decir que comprende la Escritura mejor que Orígenes? Y si hay que entenderla como él, ¿qué será del género humano? Dejemos á un lado,

(1) COLLINS, *la Liberté de penser*, p. 85.

pues, el consejo de hacerse eunucos, y atengámonos á las máximas bien claras de la perfección evangélica. ¿Se nos da un bofetón en la mejilla izquierda? pues presentaremos la derecha, á fin de alentar la injuria; ¿se nos arrebató nuestra túnica? pues daremos, además, nuestra capa al ladrón, á fin de recompensar su trabajo; no resistiremos nunca, haremos lo que los quákeros. Pero los quákeros trabajan; hacen mal; ¿no cuida Dios de los lirios del campo sin que trabajen? No nos casaremos, porque, como decía San Pablo, ese modo de ser eunucos es el colmo de la perfección. Y con esto el mundo no puede menos de prosperar," (1).

¿No es así como hay que entender la Escritura? Sea en buen hora; nosotros estamos dispuestos á entenderla como se quiera, dicen los deístas, con tal que se nos dé una regla de interpretación. "Mi embarazo es cruel, dice Bolingbroke; consulto á nuestros doctores en teología, y me enseñan que un solo texto de la Escritura ofrece media docena de sentidos: tiene el sentido gramatical; tiene el sentido histórico; tiene el sentido alegórico ó figurado; admite el sentido divino, y todavía admite un sentido tropológico ó moral. Por amor de Dios, ¿cuál de esos sentidos es el del Espíritu Santo? ¿Sostenía todos en su pensamiento? Eso está muy bien para su infinita sabiduría; pero ¿qué haremos nosotros, pobres mortales? ¿Cómo sabremos nosotros si la palabra *luz* significa la luz física, ó significa el Mesías, ó la luz interior de la gracia ó el esplendor de la gloria celeste? Porque nuestros doctores dicen que la palabra *luz* significa todo eso. ¿Será uno libre para entender las palabras en el sentido que quiera? Pero entonces, ¿qué viene á ser la palabra divina? Cada cual le hará decir lo que se le antoje. ¿No es así como Swift, ese mal creyente, hizo decir á la Escritura lo contrario precisamente de lo que dice? Y, siguiendo ese camino, ¿no viene á ser la interpretación un tejido de falsificaciones? (2). Y ¿cómo desentrañaré yo, en ese laberinto de errores ó de falsedades, lo que es la verdad revelada? Conven-gamos en que Dios ha procedido de una manera singular para revelarnos la verdad, condición de nuestra salud."

Porque se trata de las verdades fundamentales

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, c. XIII.

(2) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. III, p. 6, 8.

del cristianismo. ¿Hay alguna que sea más capital que el dogma de la Trinidad? Pues bien, oid á los católicos y os dirán que es necesario ser ciegos para no ver la Trinidad en las palabras claras y formales de Jesucristo: hasta en el Antiguo Testamento la encuentran. Pero preguntad su opinión á los unitarios, y oiréis que os dicen resueltamente que los católicos deben ser los ciegos para encontrar la Trinidad en los Evangelios, y que es preciso ser casi imbécil para descubrirla en la Biblia. Hé ahí una revelación que no brilla por la claridad. La gracia, con todos los misterios que la acompañan, tiene tanta importancia como la noción de Dios. Los que admiten la predestinación se apoyan en la Escritura, y los que la rechazan con terror acuden á la misma fuente: ¿cómo salir de esas dificultades inmensas? Collins nos enseña cómo salen del paso los ministros de la Iglesia anglicana. El formulario oficial de su confesión consagra el dogma calvinista en todo su rigor, y los ministros no dejan de firmarle, porque es una condición indispensable para obtener sus beneficios; pero no hay uno solo que crea los treinta y un artículos de aquel formulario en su sentido propio y natural (1). ¡Cuántos cristianos hay que creen de esta misma manera!

V

La Escritura es revelada, y la Biblia lo es también como el Nuevo Testamento. Esa solidaridad de las dos leyes ha sido un buen hallazgo para los libres pensadores, desde Juliano hasta los enciclopedistas. Todo es verdad absoluta en la Biblia. Abrámosla y veamos qué idea nos da de Dios el primer revelador, Moisés. Es el Dios de Israel un Dios que elige un pueblo del que se hace rey. ¿Hablan de otro modo los salvajes de sus fetiches? Moisés ve á su Dios cara á cara: ese Dios, señor de los Israelitas, que es visible, ¿no se parece más á un santo del catolicismo que al Dios universal é invisible que nosotros adoramos? Si ese Dios no es un ídolo, exclama un deísta, hay que confesar que jamás hubo ídolos (2). Más bien que un Dios es un hombre. Leed la historia de la caída, y allí veréis á Dios que se pasea en su jardín como un buen se-

(1) COLLINS, *Discurso sobre la libertad de pensar* (edición francesa, p. 93-101).

(2) MORGAN, *The moral philosophy*, t. III, p. 66, 107.